

hacer a la vez de código y de intérprete (y quizá —¿quién sabe?—, de mensaje...)» (pág. 210). Y en esta tarea, en realizar en permanente tensión existencial el esfuerzo recreador del sentido, estriba precisamente para Kierkegaard la *autenticidad del sujeto*.

De las páginas finales del nuevo trabajo con que la profesora Amorós ha venido a engrosar brillantemente la menguada bibliografía en castellano sobre el «caballero de la subjetividad», queremos resaltar, por su interés histórico-filosófico, la crítica kierkegaardiana al hegelianismo y, asimismo, la consiguiente reivindicación del «espíritu subjetivo», frente a la mediación por el sistema, y de la categoría de posibilidad, en oposición a la de necesidad. El corolario de este fuerte rechazo es ya conocido: la creación de una metafísica de la subjetividad y de una ontología del cristianismo singulares que la historia de la filosofía gusta de arrojar con el calificativo de kierkegaardiana.

En definitiva, estamos ante un libro que ha sido capaz de unificar el discurso estético, ético y religioso del filósofo danés desde una sugerente y precisa clave hermenéutica. El carácter crítico y la seriedad con que la empresa propuesta se acomete no pueden hacerlo más interesante.

Yolanda RUANO DE LA FUENTE

LUDWIG WITTGENSTEIN: *Tractatus Logico-Philosophicus*. Traducción e Introducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. Edición bilingüe alemán-español. Alianza Editorial (AU 50), Madrid 1987.

Se han cumplido ya treinta años desde aquella primera —y, durante ese tiempo, única— traducción al castellano del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein debida a Enrique Tierno Galván y publicada por primera vez en la *Revista de Occidente*. Esos treinta años habían convertido la versión del profesor Tierno en una pieza tan entrañable como insuficiente.

En realidad, eran muchas las circunstancias que hacían inevitable este envejecimiento. Para empezar, en 1957 sólo podía contarse con los precedentes de la traducción de Ogden al inglés (1922) —cuyos errores desorientaron en muchos casos al traductor español—, una traducción china aparecida entre 1927 y 1928 —de improbable consulta— y una traducción al italiano de 1954. Por otra parte, los mejores estudios sobre el *Tractatus*, así como los trabajos preparatorios y la correspondencia completa del autor, no se publicarían hasta mucho tiempo después. La obra, en fin, se convirtió hasta tal punto en objeto de estudio e investigación que todas las deficiencias de aquella primera traducción se pusieron muy pronto en evidencia. No es de extrañar, pues, que esta nueva versión, a cargo de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, sea recibida como un pequeño acontecimiento editorial.

Los nuevos traductores sí han podido apoyarse en una tradición crítica que a estas alturas no ha dejado rincón del *Tractatus* sin escudriñar, y de ello ha resultado un texto mucho más limpio y afinado que el anterior. Las modificaciones no han sido aparatosas (salvo casos muy excepcionales, como el de la proposición 3.311, que resultaba ininteligible en la vieja traducción); quien esté familiarizado ya con él no recibirá ahora la impresión de estar leyendo *otro Tractatus*, sino simplemente —y con esto bastaba— un *Tractatus más claro*.

En ocasiones, ha sido suficiente con recuperar la puntuación original para obtener el contenido y tono exactos (por ejemplo, en la proposición 6.522). Otras veces, como en el caso del conocidísimo aldabonazo final del *Tractatus*, «... darüber muss man schweigen» (proposición 7), la literalidad ha devuelto su rotundidad y contundencia a un pasaje lamentablemente trivializado en la traducción anterior.

El previsible escollo de los términos filosóficamente comprometidos merece un comentario más detenido. Los traductores reconocen haber tenido que asumir toda la responsabilidad en este punto a falta de un vocabulario normalizado de Wittgenstein en nuestro idioma. Sería deseable, desde luego, que esta nueva traducción provocara por fin el acuerdo. Citaré algunos ejemplos:

Se ha optado por traducir «*Sachverhalt*» por «estado de cosas», lo que resulta a todas luces la solución más natural. La opción de Tierno, «hecho atómico», pese a contar con el beneplácito del propio Wittgenstein para su equivalente inglés, no dejaba por ello de ser una flagrante desviación del original.

El polémico «*Bild*» (y sus derivados «*abbilden*» y «*Abbildung*»), que es parte de la esencia misma del *Tractatus*, ha sido respetado en su versión de «figura» («figurar», «figuración»). Otros candidatos, como «pintura» o «representación», han sido desechados, con buen criterio. «Pintura» carece de toda concreción filosófica y no sugiere nada útil como metáfora. «Representación», por su parte, es término excesivamente maleado, y muchas de sus apariciones —por ejemplo, 2.1 y ss.— podrían haber adquirido un tinte psicológico muy lejano a Wittgenstein. Por lo demás, esta última opción habría obligado a forzar la traducción de los verbos «*darstellen*» y «*vorstellen*», muy frecuentes en el *Tractatus* y cuya mejor versión es precisamente «representar».

En otro orden de cosas, cabe también considerar como aciertos de esta edición el haber mantenido el texto bilingüe y el haber conservado la *Introducción* que para el *Tractatus* escribió Bertrand Russell (lo que, inexplicablemente, no se especifica en el índice). Notemos al paso que los traductores han incluido prudentemente esta *Introducción* como apéndice a continuación del texto del *Tractatus*, y no precediéndolo, con lo cual el opúsculo de Russell aparece ante el lector en una perspectiva más adecuada.

La nota discordante corre a cargo del Índice Alfabético con que se cierra este volumen. Por increíble que parezca, es el de la anterior edición, con los consiguientes desajustes.

Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera firman conjuntamente una cuidada introducción en la que ha primado por encima de otras consideraciones la preparación al lector para enfrentarse al texto. Quiere decirse con esto que se han eludido intencionadamente cuestiones de exégesis o de valoración del *Tractatus* dentro de esta o aquella tradición filosófica, cuestiones que sólo podrían plantearse tras su lectura. El resultado posee concisión y claridad expositiva y es especialmente recomendable para una comprensión de conjunto de la obra, de su propósito y de su alcance filosófico.

Habría sido útil, con todo, alguna referencia «externa» al *Tractatus*, esto es, a su filiación intelectual en general y a su peripecia posterior. Es cierto que nombres como los de Tolstoy, Kierkegaard, James, Hertz, Kraus o Loos se mencionan en esta *Introducción*, pero tales referencias dejan sólo adivinar tímidamente la estrechez de las convenciones interpretativas más frecuentadas a propósito de Wittgenstein. Sin embargo, tal vez basten, unidas a la distancia que ya nos va se-

parando de las consecuencias inmediatas del *Tractatus*, para que los nuevos lectores de tan singular obra reciban con ojos más limpios su asombrosa profundidad y belleza.

Angel Manuel FAERNA

RODRÍGUEZ GARCÍA, R.: *Heidegger y la crisis de la época moderna*. Ed. Cincel, Madrid 1987, 218 págs.

No es difícil coincidir en que, efectivamente, «en los años 80 se registra un nuevo *revival* de la obra de Heidegger». Incluso los periódicos se hacen eco de semejante resurgimiento y contribuyen, de una u otra manera, a mantenerlo. Más difícil resulta, sin embargo, enjuiciar sus causas y hacerlo además desde motivos estrictamente filosóficos, y más difícil aún ser parte activa en él aportando una lectura de Heidegger que al menos pretenda el rigor y la altura que su obra pudiera exigir. Podemos reconocer ambos intentos en el libro que sobre el pensamiento de Heidegger nos ofrece en esta ocasión la Editorial Cincel siguiendo el proyecto y el formato de su serie dedicada a la historia de la filosofía. Su autor, Ramón Rodríguez, procura, en primer lugar, dar alguna razón de este *revival*, de la permanente, dilatada y multívoca presencia de la compleja filosofía heideggeriana en el pensamiento contemporáneo: «tal vez porque la crítica radical que en ella se encuentra de la tradición del pensamiento europeo casa bien con la sensación de falta de horizonte que caracteriza a nuestra época». El haber puesto de manifiesto esta crítica y su radicalidad a medida que se procede al análisis temático de los distintos momentos de la filosofía de Heidegger (citemos, por ejemplo, el cuestionamiento del esquema sujeto-objeto contenido en la noción de «ser-en-el-mundo») es uno de los rasgos más destacables de este libro que no arbitrariamente lleva el título de *Heidegger y la crisis de la época moderna*. En segundo lugar, el curso seguido por la obra es muestra palpable de que su autor conoce y cabe atenerse a las exigencias que debe cumplir toda introducción a Heidegger que pretenda lograr su objetivo, del mismo modo que reconoce un hecho, a menudo ignorado o simplemente pasado por alto, pero cuya importancia puede ser relevante a la hora de participar en el debate «en torno a Heidegger» y al sentido de su pensamiento en la actualidad: por las circunstancias que ahora confluyen «el momento para una visión serena del pensamiento de Heidegger es propicio». Saberlo aprovechar puede ser, quizá, decisivo.

No es, pues, de extrañar que al comenzar la lectura de este libro nos encontremos, antes que nada, instados a «hacernos cargo del sentido y de la necesidad de la cuestión del ser» si es que pretendemos adentrarnos de manera acertada y fecunda en un pensamiento filosófico que ha mantenido en su pluralidad temática, en la multiplicidad de campos abordados, una monocrorde unidad, un único objetivo: pensar el ser, insistir una y otra vez en la copertenencia de ser y pensar. Pero, como no basta con exigir al lector la satisfacción de determinados requisitos, el autor hace suya esta exigencia y la convierte en el primer *desideratum* de su exposición, uno de cuyos motivos más interesantes será el hacernos ver que la legitimidad de la cuestión del ser, cuestión de la que Heidegger hace *el* tema, *el* asunto de la filosofía, no reside exclusivamente, sin embargo, en la filosofía misma. No queda, en consecuencia, más remedio que —como de una manera tan